

libertad, el perfeccionamiento del individuo y de la sociedad, y todo aquello que constituye lo que se llamó civilización moderna, y es y debe llamarse civilización cristiana.

Terminemos este capítulo con un luminoso pensamiento de Baile, filósofo cuyo descubrimiento y excepticismo le abonan ante el criterio de nuestros contradictores. "Se encuentran, dice, en las regiones del cielo, seres pensadores que extienden su imperio así como sus luces hacia nuestro mundo..... Y como no se puede negar que hay en la tierra seres malos, envidiosos, vengativos, que se gozan en el daño ajeno; que por la aplicación de golpes producen cambios extraños en la naturaleza, según las pasiones, *se haría ridículo aquel que se atreviese á negar que además de estos seres malvados, hay otros muchos que no se ven y que son todavía más malignos y hábiles que el hombre* (1).

Los que niegan la existencia de los demonios, *se hacen ridículos*. El excéptico Baile es quien lo dice. Tomen al ménos nota de sus palabras.

(1) *Dict. Hist. et art. Epinosa. Nota 1.ª y artículo Ruggeri,*

CAPITULO XXXIII.

SUMARIO.

Se acomete la refutación de los argumentos contrarios que son apenas objeciones de poco valer, para coronar la demostración de la existencia del diablo y sus ángeles.—Argumento ú objeción fundado en la presciencia divina.—Cómo la fórmula Allan-Kardec.—Realmente el argumento estriba en la dificultad de conciliar aquel atributo de Dios con el libre albedrío humano.—Empelro tanto la presciencia de Dios como la libertad del hombre son innegables.—La una no repugna á la otra.—La dificultad de conciliarlas solamente existe para el que no es católico.—Cómo se concilian.—

Para coronar, por decirlo así, la demostración que hemos acometido, nos vamos á ocupar ahora en refutar los argumentos que se quiere prevalezcan sobre las razones filosóficas, morales é históricas que apoyan y justifican la exis-

tencia de los demonios. Tales argumentos son en realidad de verdad el único caballo de batalla del ejército contrario. Si de él esperan la victoria, no la alcanzarán de seguro, pues son bien menguados sus bríos y bien mezquina su fuerza.

Se pretende fundar uno de estos argumentos en la presciencia divina, otro en la negacion arbitraria de la eternidad de las penas, y un tercero en la moralidad y sublimidad de ciertos consejos y revelaciones espíritas. ¡Qué vasto campo para las victorias de la razon católica! Sentimos tener que ceñirnos á breves, pero firmísimas reflexiones, en una materia que no por avvicinarse á la region de los misterios, deja de brillar á los ojos de una sana inteligencia con abundante claridad. Así la columna que guiaba al pueblo de Israel en el desierto, era de resplandeciente luz por un lado y de sombras por el otro.

Hé aquí cómo se formula el primer argumento por el pontífice de la moderna nigromancia. "Dios sabia ó no sabia, que ciertos ángeles flaquearian; que su caída los arrastraría á una condenacion eterna y sin esperanza de salvacion; que estarían destinados á tentar á los hombres, que quienes de entre estos se dejasen se-

ducir, sufrirían la misma suerte. Si lo sabia, ha creado, pues, á los ángeles con conocimiento de causa, para su perdicion irrevocable y la de la mayor parte del género humano. Por más que se diga, es imposible conciliar su creacion en prevision semejante, con su soberana bondad. Si no lo sabia, no era todopoderoso. En uno y otro caso, es esto la negacion de dos atributos sin cuya plenitud Dios no seria Dios (1)."

Eleutheros, que se ha propuesto combatir las verdades católicas, de que somos solamente los expositores, no hace otra cosa que repetir y exornar con rasgos de vehemencia, las objeciones de Allan-Kardec, tratando de fundar sobre ellas, ¡poca cosa! todo un sistema filosófico, moral y religioso. La respuesta, pues, que demos al maestro, toca tambien al discípulo, que tan bien aprendidas se tienen sus lecciones.

Por más que se cuida de ocultar que el argumento estriba en la dificultad, que para nosotros no existe, aunque sea un misterio, de conciliar la omnisciencia divina con el libre albedrío humano, no se consigue. No puede negarse aquel atributo de la divinidad, sia negar á Dios;

(1) Allan-Kardec "El Cielo y el Infierno." Extractos publicados por la Ilustracion Espirita, núm. de 15 de Setiembre de 1872.

y no se tiene la franqueza de negar la libertad del hombre, porque sería ponerse en pugna con la conciencia de la humanidad entera. Empero, á uno de esos dos extremos son conducidos los enemigos de la fé católica, que es la razon del mundo.

Este tremendo y pavoroso problema de la libertad de la criatura racional, que puede llegar por el camino del abuso, hasta los abismos de la eterna condenacion, espanta á los entendimientos, sin dejar por eso de ser una verdad de las mejor asentadas. En último análisis, no es más que el problema de esa misma libertad que elige el bien, y que asciende á las inconmensurables alturas de la felicidad suprema. Se cree al hombre con fuerzas para subir una escabrosa pendiente, y no se le conceden para precipitarse á tenebrosas profundidades. No estudiemos al hombre en general, en torno del cual podemos ver algunas sombras que nos impidan conocerle tal cual es; estudiémonos á nosotros mismos, entrando en el santuario de nuestras conciencias, y probando aquello de que somos capaces, y aquello que nos es más ó menos dificultoso. Yo, que puedo escalar la nevada cima del Popocatepetl; aunque á costa de no pocas fatigas, estando en el pintoresco valle, de cuya

planicie se levanta en atrevidas curvas, ¿no podré, estando sobre sus cumbres que tocan los cielos, descender, si lo quiero, á la llanura? Y refiriéndonos á otro órden más elevado; yo, que soy capaz de vencerme á mí mismo, aunque muchas veces brotando lágrimas los ojos, y de dominar con cetro de hierro las pasiones que pretendan enseñorearse de mí con tiránica violencia, ¿me encontraré incapaz de rendirme á enemigo tan querido, y de entregarme sin reserva á esas mismas pasiones que se muestran tan poderosas como seductoras y halagüenas? No me digais que puedo trasladar un monte, y que me es imposible mover un granito de mostaza, porque entenderé que tratais de burlaros de mí. No me digais que puedo ser un San Francisco de Asís á la vista de una hija del Oriente, y que me será imposible ser un Neron contemplando lúbrico la asesinada belleza de su madre; no me digais que me es fácil dejar la capa, á ejemplo de José, en manos de las rabiosas imitadoras de la esposa de Putifar, é imposible representar el papel de los despechados acusadores de Susana; porque léjos de convencerme, me hareis reir de vuestra falta de seso y gran copia de necesidad. No; la criatura racional, puede por el uso ó abuso de su libertad, hacer el

bien como el mal, salvarse como perderse para toda la eternidad.

Y este poder no repugna á la presciencia de Dios, ni á su omnipotencia, ni á su santidad, ni á su justicia, ni á su misericordia infinitas. Aquel atributo sublime de Dios, y esta calidad altísima en el hombre, coexisten y viven en la más serena armonía; coexiste y vive en armonía la verdad con la verdad.

La libertad humana existe de hecho con ese formidable poder; y la omnisciencia divina existe por una necesidad de perfeccion y de naturaleza con esa universal y penetrante mirada que abarca todos los espacios y alcanza todos los tiempos; que de la misma manera que preside el movimiento necesario y ciego del mundo de los cuerpos, preside el movimiento inteligente y libre del cielo de los espíritus.

La libertad humana y la presciencia divina son dos cosas que existen, y que existen, con el alcance que acabais de ver, no limitadas ni la una ni la otra á los círculos que creéis necesario trazar. Conciliarlas en la sola dificultad; y esto para el que no es católico. Porque no podríais en último extremo conciliarlas, no por eso dejarán de existir. No es la inteligencia del hombre, por esclarecida que sea, la medida del

ser, ni la prueba de la existencia de las cosas. ¡Cuántas existen de que no tiene ni siquiera noticial! ¡Cuántos conoce sin acertar á saber la manera con que existen!

¿De buena fé creéis que la presciencia divina, cuya existencia no podeis ménos de reconocer y confesar, daña la libertad humana, que, si no tenéis la audacia de negar, recortais á vuestro antojo tanto, que de hecho la convertís en una quimera?

Y bien, ¿de qué manera, porque Dios conoce cuanto voy á hacer ántes de que lo haga, sucede que yo obre sin libertad? ¿tengo siquiera, yo que obro ó voy á obrar, ese conocimiento anticipado? Entónces la presciencia de mis actos no solamente está en Dios, sino que está también en mí, lo cual es una falsedad como una montaña; pues yo no sé en el momento en que escribo lo que se me antojará hacer mañana, á la tarde, ni dentro de pocas horas; y aun sabiéndolo, no por eso me creeria ménos libre, una vez que sentiria en mí mismo el poder absoluto de no hacerlo, á pesar del conocimiento previo de que idfectiblemente lo haria.

Este es el punto esencial; si en él quedan conciliadas la presciencia de Dios y la libertad del

hombre, lo quedarán, ya esta libertad tenga los trascendentales alcances que la reconoce el catolicismo, ya los mezquinos límites en que encierran su acción los espiritistas.

Recordamos haber escrito en otra ocasión, tratando de asunto diferente, esto, que en nuestro concepto, derrama un poco de claridad hacia el lado tenebroso del problema que nos ocupa.

“Dios obra, decíamos, en nosotros con una fuerza tan enérgica, que parece que no somos nosotros los que obramos; y se nos insinúa con tan deleitosa dulzura, que nada es capaz de arrancarnos la convicción de nuestra libertad y de nuestra personalidad independiente.

“Su actividad inmensa está en contacto con nuestra mezquina actividad; pero no la absorbe ni la encadena. La velocidad con que la tierra se mueve es prodigiosa; sin embargo, no impide los movimientos libres de los seres que pueblan su superficie, á quienes es más sensible el movimiento de un átomo, al moverse de un punto á otro del espacio, que el que obliga á nuestro planeta á recorrer en días una órbita de millones de millones de leguas. A esta manera nos parece ser el movimiento de la volun-

tad y de la inteligencia divina, en relación con el movimiento de la inteligencia y de la voluntad humana (1).”

(1) “Sociedad Católica” t. IV, año 6.º pág. 4.